

CAPITULO XXIV

EL LIBRO SECRETO

MAXIMILIANO no solo se había mandado hacer un rico Album en que se encontraban las principales bellezas y los más guapos mozos en actitudes artísticas con primorosos coloridos, á onza de oro la página, sino también un libro manuscrito dirigido por Eloin con la cooperación de Bazaine y los extranjeros de confianza, en cuyo libro estaban los nombres de los políticos, militares y diplomáticos mexicanos que más descollaban, con sus notas respectivas, de cuya curiosa obra solamente daremos como muestra los siguientes apuntes:

«ALMONTE, Juan Nepomuceno, antiguo triunviro, presidente de la Regencia.»

«Apareció por primera vez en la escena política durante la revolución de 1828, en consecuencia de la cual fué nombrado agregado á la legación de Londres, donde permaneció hasta 1833.»

«Bustamante le nombró ministro de la guerra en

1839. En el consejo de ministros combatió al partido liberal; pero cuando vió que éste iba á triunfar, se pasó inmediatamente á su lado.»

«Al volver Santa-Anna al poder, estuvo Almonte algun tiempo en desgracia, y despues lo mandó D. Antonio de ministro á los Estados-Unidos.»

«En 1841, Paredes, *despues de haber proclamado la monarquia*, le nombró ministro en Francia. En vez de irse directamente á su destino, permaneció mucho tiempo en Veraacruz, pretextando falta de buques; pero la verdadera causa fué entenderse con el gobernador de este Estado para derrocar á Paredes. El gobernador no se prestó á esto, y entonces Almonte, lejos de irse para París, se fué á la Habana donde se puso en relaciones con Santa-Anna. La revolución de Guadalajara les permitió á los dos entrar en México. Santa-Anna tomó el poder y Almonte fué nombrado ministro de la guerra.»

«Cuando Santa-Anna se puso en frente del ejército, en tiempo de la guerra contra los americanos, Almonte intrigó mucho para hacerse nombrar por el Congreso vice-presidente. No consiguió mas que caer en desgracia. Se ligó entonces intimamente con Juárez y con muchos diputados progresistas de los más avanzados.»

«Cuando México fué tomado por el ejército norteamericano, Almonte se unió á aquellos que acusaron más fuertemente á Santa-Anna.»

«En la paz con los Estados-Unidos se propuso como candidato á la presidencia, pero el general Arista la ganó. Se retiró entonces á la vida privada hasta el advenimiento de Comonfort época en que se de-

claró gran partidario de la desamortización de los bienes del clero.»

«El carácter de Almonte es frío, avaro y vengativo, no ha hecho nunca la guerra y debe su grado militar á que, en tiempo de Morelos, fué nombrado coronel siendo aun niño.»

«Cuando fué enviado por Paredes ministro á Francia, recibió una cantidad de veinte mil pesos para los gastos de la legación. *Se le acusa de no haber justificado con claridad el empleo de estos fondos.*»

«ARRANGOIZ, Francisco, ministro de Maximiliano en Londres y en Bruxelles.»

«Ha sido cónsul en Nueva-Orleans y ministro de hacienda.—Ha sido enviado á los Estados-Unidos para recibir el dinero del tratado de la Mesilla.—*Parece que en estas circunstancias tomó honorarios tan exorbitantes, que se tuvo que retirar á Europa para escapar de las persecuciones de Santa-Anna.*»

«Inteligencia ordinaria, pero cierta distinción en sus maneras.»

«MARQUEZ, Leonardo, general de división.

«La carrera del general Márquez ha pasado desapercibida hasta el momento en que, ya comandante de batallón, fué el objeto de la protección de Santa-Anna, que lo hizo ir con él á una expedición al sur contra Alvarez y lo elevó rápidamente al grado de general de brigada.—Márquez no ha reconocido á los gobiernos liberales, y ha preferido andar en campaña, haciendo vivir á sus tropas sobre los pueblos donde se refugiaba.—Se le hace la justicia de no haber impuesto nunca contribuciones en su provecho: *pero se le reprocha de haberse mostrado siempre san-*

guinario hasta el último grado, y cuando la toma de Tacubaya, haber hecho á sangre fría fusilar á los prisioneros, así como también á otras personas que no habían tomado parte en la guerra.—Enviado en misión á Jerusalem.»

En el sitio de las personas más oscuras y como en la página 279, se leía también en el libro secreto:

«CISNEROS TIRSO. Coronel retirado. Comenzó su carrera militar al lado de Iturbide el año de 1821 y fué siempre leal al partido conservador. Es valiente y ha peleado bien al lado de los suyos: sus opiniones son completamente monarquistas; pero es muy fanático por la religión y por el clero. Se casó con una dama rica y al caer Santa Anna se retiró por completo del servicio militar. Aunque es ignorante, se le puede explotar por el lado de su mujer que es ambiciosa y amante de figurar: ambos quedarían no solo conformes sino dispuestos á los últimos sacrificios, con que se les hicieran sentir algunos favores de la corte.»

¿Por quién se habían adquirido estos datos? Probablemente por el chambelán Lacroix ó por el mismo Almonte que ya lo había tratado mucho como subalterno.

Habían pasado tres días de la velada cuando Cisneros recibió una esquela concebida en estos términos:

“El general Don Juan Nepomuceno Almonte, Ministro de la Casa Imperial, suplica al Señor Coronel Don Tirso Cisneros tenga la bondad de encontrarse en su despacho en Palacio hoy á las once de la ma-

ñana: los ayudantes tienen de antemano órdenes para introducirlo."

Corrió á ver á Doña Asunción y le dijo con tono solemne:

—¡Mira!

Ella se caló los anteojos, leyó y estuvo próxima á desvanecerse.

—¡El Ministro de S. M! pudo apenas decir conmovida.

—¡Sí!

—¿Qué te querrá?

—No sé, voy á vestirme, iré y lo sabremos.

—Esto es hecho ahora: ya no son ofrecimientos de segundas manos.

—El general Márquez estuvo empeñado en sacarme á campaña antes de su destierro.

—Pero tú le contestaste que estabas ya retirado del ejército é hiciste bien. Una colocación en la corte es cosa distinta.

—Veremos, veremos. Por ahora dame mi ropa.

Doña Asunción corrió al ropero y sacó camisa planchada, corbata blanca y todo cuanto consideró necesario para que el coronel pudiera presentarse en Palacio correctamente.

En media hora se rasuró y se peinó, en otra media se vistió quedando reluciente: vió el reloj, eran las diez, así es que todavía estuvo charlando con su mujer media hora larga.

—Vete ya, vete ya, le dijo ella con ahinco, no sea que vayas á llegar retrasado.

Se fué el coronel paso á paso y todavía tuvo tiempo de darse unas vueltas en los corredores de Palacio

hasta que oyó la primera campanada de las once: se dirigió al departamento del ministro con el corazón palpitante y entregó su tarjeta. Solamente tuvo que esperarse cinco minutos para que apareciera un guapo oficial y le dijera:

—¿El Sr. Coronel D. Tirso Cisneros?

—Yo soy.

—Puede usted pasar.

Y pasó y se encontró de manos á boca con el grande hombre.

—Amigo mio, le dijo este tendiéndole la mano sin levantarse, tome usted asiento.

—Señor Ministro.....

—Siéntese: ahora no tengo con usted categoría militar. Vamos á hablar un momento de negocios.

—Estoy á las órdenes de V. E.

—Tengo encargo de S. M. el Emperador para preguntar á usted si desea volver al servicio de las armas.

—Perdóneme V. E., pero estoy ya viejo, me encuentro retirado.....

—Está usted bastante fuerte todavía.

—No para soportar las fatigas de la campaña y además.....

—¿Además qué?

—Cuando me casé hice juramento á mi esposa de no desenvainar más la espada sino en defensa de la independencia de la patria contra los extranjeros.

Si Almonte no hubiera sido tan trigueño se le hubiera notado que se ruborizaba.

—Está bien, dijo fingiendo dar toda su atención á unos papeles que cambió de sitio: dejaremos á un la-

do el servicio militar. ¿Tiene usted simpatías por nuestro augusto soberano?

—Sí, señor ministro, muchas simpatías.

—¿Es usted partidario del imperio?

—Sí, Señor Ministro, principalmente si respeta á nuestro venerable clero y sostiene nuestra santa religión católica, apostólica romana. Yo soy tolerante en todo ménos en asuntos que ven á la conciencia.

—Su conciencia de vd. no tendrá por qué alarmarse ante los pequeños disturbios que han surgido entre las autoridades civiles y eclesiásticas con motivo de la desamortización. Todo eso se arreglará con el Santo Padre: para eso ha ido á Roma una comisión respetable en la cual figura un señor Obispo.

—Yo me alegraré muchísimo de que así sea.

—Así será. Estando allanado ese punto, yo creo que vd. no temerá comprometerse sirviendo al imperio.

—V. E. no me conoce bien: yo nunca he temido á nadie, ni creería comprometerme en nada sirviendo á mis convicciones.

—Perfectamente. S. M. el Emperador desea utilizar los talentos de vd. en su imperial casa. ¿Quiere vd. ser caballero? ¿quiere ser conserje de Palacio? ¿quiere vd. ser mayordomo? Todos esos empleos están ocupados; pero estoy autorizado para hacer cualquiera combinación.

—S. M. me honra muchísimo y V. E. lo mismo mucho me favorece: ambos pueden disponer de mí como gusten.

—Vd. tiene á su esposa y una hija?

—Tengo á mi esposa y á una niña de diez y ocho

años huérfana, que es nuestra sobrina y cuyos bienes administramos.

—¿La señora de vd. quiere ser dama de la Corte?

—Crea vd. que es su más grande ilusión.

—Magnífico! Entónces mientras encontramos una colocación adecuada, mañana mismo puede recibir la señora su nombramiento. ¿Cómo se llama?

—Asunción E. de Cisneros.

Almonte tomó nota.

—¿Como se llama la niña?

—Aurora y lleva nuestro mismo apellido.

—Precioso nombre el de Aurora. Veremos más tarde si le damos colocación tambien en Palacio aunque S. M. la Emperatriz no quiere que entren aquí mujeres jóvenes. Hemos concluido.

D. Tirso Cisneros salió de allí tambaleándose como si se hubiera bebido media botella de cognac.

